

Narrar historias, desbordar fronteras

Telling Stories, Overwhelming Borders

Marta Pérez
Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

Este artículo narra la experiencia etnográfica de la autora como investigadora independiente para el proyecto «The Human Cost of Border Control» de la Universidad Libre de Ámsterdam. Más en concreto, la línea argumental se basa en su participación en la construcción de una base de datos de defunción de las personas que perdieron la vida en su viaje a Europa, y cuyos cuerpos se habían rescatado en el mar o encontrado en las costas de España, Malta, Italia, Grecia y Gibraltar. A partir de su participación en este proyecto, nos desvela algunos de los agujeros negros de la emigración, incluyendo las burocracias de la muerte, los vacíos estadísticos, y los silencios públicos.

Palabras clave: Fronteras; Control fronterizo; Víctimas; Empatía.

SUMMARY

This paper presents the ethnographic experience of the author, who worked as an independent researcher in the Project «The Human Cost of Border Control» led by the Free University of Amsterdam. More concretely, the narrative follows her participation in the making of a database with the available information about the death of those immigrants who died in their trip to Europe, and whose bodies were rescued either in the sea or in the coast of Spain, Malta, Italy, Greece and Gibraltar. Through the description of the participation on this project, the author leads the reader to some of the black holes of contemporary migratory flows, inscribed in the bureaucracies of death, in the statistical voids, and in public silence.

Key words: Borders; Border Control; Victims; Empathy.

De mayo a diciembre de 2014 trabajé como investigadora independiente para el proyecto «The Human Cost of Border Control» de la Vrije University Amsterdam. El proyecto construyó una base de datos con los certificados de defunción de las personas que habían perdido la vida en su viaje hacia Europa y cuyos cuerpos se habían resca-

tado en el mar o encontrado en las costas de España, Malta, Italia, Grecia y Gibraltar⁵⁸. Junto a mi compañero Ignacio Urquijo y la coordinadora del proyecto Tamara Last, recorrimos las islas y la costa sur y este de España para visitar más de un centenar de registros civiles en los que buscamos los documentos de esas muertes en frontera —tan sólo una parte de todas las que producen las políticas migratorias de la Unión Europea. Buscábamos las muertes que los Estados registran al tiempo que las formas de gobierno hacen olvidar. Unos meses después de que el trabajo de campo hubiera terminado, las reflexiones sobre él me llevaron a revisitarse las experiencias vividas desde el punto de vista de la narración. Así pude poner la mirada sobre otras fronteras: las que imponen unas historias y una forma de narrarlas y levantan muros que nos hacen difícil construir y narrar juntas otras historias, las nuestras.

El recuerdo de conversaciones y situaciones que había escuchado, observado o de las que había formado parte mientras trabajaba en este proyecto aparecía muy pegado a la vida cotidiana en Madrid. La presencia de policía (uniformada o no) en las bocas de metro o en las plazas de algunos barrios, identificando a mis vecinos por su color de piel, llevándose a algunos para encerrarlos en el Centro de Internamiento (CIE) de Aluche por no tener papeles. Las denegaciones de atención médica en los centros de salud a las personas a las que el gobierno central les quitó la tarjeta sanitaria en septiembre de 2012, o las disuasorias facturas en urgencias en los hospitales⁵⁹. Fronteras que se hacen y rehacen todos los días delante de nuestros ojos, que también pueden llegar a matar y que se narran como otra cosa: el mantenimiento del «orden» en nuestras calles, la «sostenibilidad» del sistema sanitario. En Madrid, conocer las luchas contra esas violencias cotidianas, las formas en las que nos podemos hacer cargo de esas fronteras, hacerlas nuestras, nuestro cometido, para desbordarlas, me llevó a repensar el recorrido por la costa, las islas y Ceuta y Melilla como un viaje del que podía rescatar imágenes con la potencia de deshacer fronteras y, al tiempo, narrar un nosotros.

Llevábamos viajando desde mayo; la costa andaluza, la murciana, la alicantina, el sur de Valencia, las islas Baleares, Ceuta... era ya otoño y nos quedaban varios lugares más por visitar, algunos especialmente claves para el proyecto, como Melilla y las siete islas canarias.

A principios de octubre aterrizamos en Melilla. Melilla y su valla, al mismo tiempo metáfora del territorio del estado e imagen global de la frontera sur de Europa, que actúa a modo de disparador de la imaginación. Flashes, espectáculo, crisis migratoria tras crisis migratoria, frontera, frontera, frontera. Esa es la historia que se narra.

Unos días después de nuestra partida se publicó una instantánea del fotógrafo y activista José Palazón, que sirve de presentación gráfica a esta sección, en la que se veía a jóvenes africanos encaramados a la valla de Melilla y, al lado, un enorme y verde campo de golf, *ambos* construidos con la ayuda de fondos de la Unión Euro-

⁵⁸ Ver www.borderdeaths.org

⁵⁹ En septiembre de 2012 entró en vigor el RD-1 16/2012, que impone un modelo de sistema sanitario basado en el aseguramiento y deja a grupos de población, incluidos los migrantes sin papeles, sin tarjeta sanitaria. A pesar de que se establecieron excepciones, como las urgencias, en las que las personas sin tarjeta pueden ser atendidas sin tener que pagar una factura, éstas se han incumplido sistemáticamente. Ver, por ejemplo, el Registro Estatal para la Denuncia de la Exclusión Sanitaria (REDES), puesto en marcha por el movimiento Yo Sí Sanidad Universal, la Sociedad Madrileña de Medicina de Familia y el movimiento de exiliados Marea Granate: <http://registrodedatos.yosisanidaduniversal.net/>

pea⁶⁰. La foto tuvo un gran recorrido, llegando a revistas tan internacionales como *Time*, que la calificó de «surrealista»⁶¹. Hubo una parte de la audiencia que puso en duda su autenticidad, de modo que José Palazón hizo también un vídeo⁶². Yo misma anoté en mi cuaderno: ¿que sensación me habría producido la fotografía si no hubiera estado en ese lugar unos días antes? ¿Alucinación?

Visitamos el cementerio musulmán melillense, un buen trozo de tierra en bajada. Desde lo alto divisamos la valla, porque el cementerio termina en ella al tiempo que se extiende al otro lado, en otro muy similar pero del lado marroquí. La valla que son tres vallas, una de ellas coronada con círculos de hilo de metal del que sobresalen puntas a modo de cuchillas. La valla con misión de ser infranqueable pero por las que se reparten pequeñas puertas a las que los agentes de la Guardia Civil o los antidisturbios conducen a las personas que han logrado saltarla, de vuelta a Marruecos. Volver atrás en un solo gesto⁶³. La carretera a la derecha, por donde pasan regularmente vehículos patrol de la Guardia Civil y coches de policía, y después el campo de golf, destacando su verde brillante en un paisaje más bien ocre y de tonos apagados. Un poco más allá, el Centro de Estancia Temporal de Extranjeros (CETI), con sus gentes a la puerta charlando alrededor de alguna hoguera y, de nuevo, dos patrol de la Guardia Civil al lado. Melilla, una ciudad con 14 kilómetros de valla, una valla en los paisajes de los lugares cotidianos.

Esa historia, la que cuenta lo que tiene de cotidiano la frontera con todas sus violencias, no se narra. Calificarla de «surrealista» es una forma de contenerla.

Un mes después, del 5 al 9 de noviembre estuve en la isla de La Gomera, Canarias. En uno de sus pueblecitos, en el valle, el registro civil se ubicaba en un edificio que albergaba también espacios para talleres y juegos y la biblioteca pública. Estábamos sentados frente a frente, el juez de paz en su mesa de trabajo y yo en una auxiliar más pequeña. Mientras yo revisaba los libros de defunción, él recordaba que una vez, a principios de la década de los 2000, había llegado a la playa una barca en la

⁶⁰ José Palazón, «Detrás de una foto», en *Gea Photowords. Eyes on the earth*: <http://www.geaphotowords.com/blog/detras-de-una-foto-jose-palazon/>. Sobre las ayudas europeas a la construcción del campo de golf se puede consultar http://www.eldiario.es/desalambre/Bruselas-valla-Melilla-Mejora-ciudadanos_0_333517495.html. Sobre las ayudas europeas a la construcción y mantenimiento de la valla de Melilla se puede consultar <http://eur-lex.europa.eu/legal-content/ES/TXT/?uri=URISERV:l14571>

⁶¹ Noah Rayman, «Surreal Scene of Migrants Atop Spanish Border Fence», en *time.com*, 23 Octubre 2014, <http://time.com/3534491/spain-african-migrants-melilla-golf/>

⁶² Mari Luz Peinado, «No es un montaje: la foto de la valla de Melilla y el campo de golf», en *elpais.es*, 22 de octubre de 2014, http://verne.elpais.com/verne/2014/10/22/articulo/1414007054_000118.html

⁶³ Las devoluciones en caliente están documentadas en multitud de informes y documentos. Entre ellos, el último informe de la Asociación Pro Derechos Humanos de Andalucía (APDHA) «Derechos Humanos en la Frontera Sur 2015» (<http://www.apdha.org/apdha-presenta-su-informe-anual-derechos-humanos-en-la-frontera-sur-2015/>); el informe jurídico «Expulsiones en caliente»: cuando el Estado actúa al margen de la ley», del Proyecto I+D+i IUSMIGRANTE (DER 2011.26449), de junio de 2014. ([http://eprints.ucm.es/25993/1/INFORME%20%20EXPULSIONES%20EN%20CALIENTE.%2027_6_2014%20\(1\).pdf](http://eprints.ucm.es/25993/1/INFORME%20%20EXPULSIONES%20EN%20CALIENTE.%2027_6_2014%20(1).pdf)); y los vídeos de la página web de la asociación PRODEIN, muchos de ellos grabados por el propio José Palazón (<https://vimeo.com/user12822802>). Con la entrada en vigor de la nueva Ley de Seguridad Ciudadana (LO 4/2015), el gobierno del Partido Popular ha legalizado las devoluciones en caliente, medida que ha sido ampliamente criticada. Para conocer el movimiento contra la llamada Ley Mordaza, ver www.nosomosdelito.net.

que iban personas que intentaban alcanzar Europa. Relataba el juez que cuando llegó esa primera embarcación los lugareños habían cogido mantas y la comida caliente que tenían o hubieran podido cocinar y se habían acercado a socorrer a los exhaustos viajeros. Luego, en aquellos años, cuando llegaron algunas barcas más ya no iba tanta gente a la playa; el pueblo, relataba el juez de paz, «ya estaba más preparado»: eran profesionales del socorro los que se hacían cargo de esas situaciones.

Esa historia, la de la acción de esos vecinos, la contienen. La profesionalización tomó su lugar.

Pocos días después, del 11 al 13 de noviembre, trabajamos en Fuerteventura. Uno de esos días soleados, sobre la una del mediodía, llegué al registro civil de un pequeño pueblo de la isla. Las personas que allí trabajaban me recibieron con mucha amabilidad. La oficina era pequeña así que compartí mesa, frente a frente, con una trabajadora. A esas alturas del trabajo de campo era capaz de pasar las páginas muy rápido y reconocer, casi de un vistazo, los certificados de defunción que buscaba. Cada vez que encontraba un certificado tenía que parar y copiar algunos datos en un formulario. Para los pocos libros que había en este registro (5 libros, a una media de 400-600 certificados de defunción cada uno), tuve que parar 29 veces.

En una de mis primeras paradas para apuntar mi compañera de mesa comentó: «vaya, alguno sí que hay». Antes me había dicho que no recordaba... Conforme mis paradas se hacían más frecuentes, ella se mostraba más inquieta. Hasta que me preguntó: «Pero, ¿tantos?». Levanté la cabeza y vi como su gesto, amable y hasta risueño al principio, se había ensombrecido. Ahí estaba, ese momento en el que una se da cuenta de que entre esos libros ordenados en esa estantería de su oficina está la historia de las personas que, en su intento de buscarse la vida, mueren en tu playa, en tu costa.

Ningún organismo público ni privado en España cuenta con estadísticas sobre estas muertes⁶⁴. Las muertes de estas personas, cuando se registran, luego no se narran; andan contenidas en papeles de uso diario.

Unos meses después, ya en Madrid, repasando mis notas, el descubrimiento de esta funcionaria se me antojó conectado con otro de dos años atrás .

En la primavera de 2012 recibí una llamada de Melissa, una joven madre que había cumplido 18 años dentro del Centro de Internamiento de Extranjeros (CIE) de Aluche. Había ingresado como menor de edad y fuera le esperaba un bebé muy pequeño. Tras resistirse a dos intentos de deportación, a Melissa al final la soltaron y me llamó para que fuera a recibirla a su salida. Melissa no podía creer que el edificio del CIE estuviera ahí, al lado de una carretera grande, muy cerca de la estación de tren y de la del metro, con sus bares y sus tiendas. «Pensaba que estaría lejos, escondido», me dijo.

Lo que ella había visto, lo que había pasado ahí, dentro de ese edificio que por fuera parecía invisible... Melissa decidió que ella sí iba a contar su historia, y lo hizo en la ya extinta revista *Números Rojos*⁶⁵.

⁶⁴ Tal y como pudieron comprobar mis compañeras en el proyecto de la Vrije University Amsterdam, tampoco hay este tipo de estadísticas en Grecia, Malta o Italia. Para más información se puede consultar el texto de Tamara Last sobre metodología en www.borderdeaths.org

⁶⁵ Maite Garrido Courel y María Rodríguez Bajo, «¡Atención! Está usted entrando en territorio sin derechos», *Números Rojos* (accesible en *Público.es*), 5 de noviembre de 2013, <http://blogs.publico.es/numeros-rojos/2013/11/05/atencion-esta-usted-entrando-en-territorio-sin-derechos/>

Sorpresa, incredulidad incluso, ante la violencia de las fronteras en el día a día. Y, al tiempo, una relación cotidiana con ellas. Forman parte del paisaje: eso que corta dos cementerios contiguos, esas personas vestidas de rojo que se dedican al rescate de personas en la costa, esos libros de defunción que cogen algo de polvo en la estantería, ese edificio de paredes amarillas y ventanas de chapa azul que queda detrás de mi parada de autobús. Al mismo tiempo, son algo extraordinario: la valla, los africanos subidos a la valla mirando al campo de golf, la llegada de una patera y los voluntarios de rojo dando mantas de brillante color albal, los que mueren que a veces son tantos, a los que encierran en eso que llaman el CIE.

Lo que se narra suele partir de uno de estos polos como si no se tocaran: «operaciones» que se despliegan «regularmente» para «mantener» el paisaje o que se «lanzan» como medida de «emergencia» para «restaurarlo». Sin embargo, en las historias de las que formamos parte en Melilla, en La Gomera, en Fuerteventura, en Aluche, estos polos retienen toda la tensión que hay entre ellos, se rozan continuamente, se atraen como un imán. No se puede contar el uno sin contar el otro y, al hacerlo, nos toca contar, aunque sólo sea oscureciendo la semblanza del rostro, cómo esta tensión nos atraviesa. Las fronteras tan distantes se vuelven un poco más cercanas, no son sólo de otros. También nos toca a nosotros. Es en torno a esa idea que, ya en Madrid, volvían a mi memoria estas historias; ellas mismas se habían narrado de una forma distinta; encerraban la posibilidad de continuar asumiendo esa tensión.

Ya en el verano de 2015, repasando el libro de Susan Sontag sobre fotografía, guerra y representación del dolor de los otros, leí hacia el final del primer capítulo: «ningún 'nosotros' debe ser dado por hecho cuando el sujeto está mirando el dolor de otras personas» (2003: 7).

Sontag comenta la tesis de Virginia Wolf en *Three Guineas* (1938): que la contemplación de fotografías sobre los horrores de la guerra «unirá a la gente de buena voluntad» contra la violencia. Wolf se refiere en concreto a las fotografías de la guerra civil española en las que se muestra cómo mueren civiles. Sin embargo, señala Sontag, dar por supuesto que una foto de un horror va a producir reacciones de repulsa automáticas es crear una «ilusión de consenso» en algo tan político como el dolor de los otros. Ese nosotros capaz de poner la mirada en el dolor de los otros y hacerse cargo de él hay que construirlo.

Narrar, actuar ese dolor. Contar lo que nos pasa, de otra manera, de nuestra manera; construir una historia que no sólo denuncie sino que desborde los muros que enmarcan la frontera y sus violencias al tiempo en lo alucinante y en lo invisible. Partir de lo que ocurre, lo que nos ocurre. Tirar de hebras: ese impulso de socorrer; esa pena al descubrir la política de muerte; esa incredulidad al encontrar el horror a la vista de todos. Abrir espacios donde nos contemos cómo la frontera nos atraviesa cada día, construyendo, a medida que nos narramos, un nosotros. Un nosotros que se crea y recrea en la lucha, que es cotidiana y que cuenta su propia historia, desatada, incontenible: la frontera como algo insoportable, intolerable, siempre desbordable.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Sontag, Susan. 2003. *Regarding the Pain of Others*. Nueva York: Picador.
Wolf, Virginia. 1938. *Three Guineas*. Londres: Hogarth Press.

Fecha de recepción: 7 de septiembre de 2015

Fecha de aprobación: 18 de octubre de 2015